

dad, lo que no se discierne bien salvo que se analicen las complicadas y tan mutables relaciones de las combinaciones civiles. En cuanto se confunden esos principios esencialmente distintos, ya no hay esperanza de razonar bien en las materias públicas. Corresponde a los teólogos establecer los confines de lo justo y lo injusto en lo que respecta a la intrínseca maldad o bondad del hecho; establecer las relaciones de lo justo y lo injusto-político, es decir, de lo que es útil o perjudicial para la sociedad, correspondiente al publicista;¹³ ni un objeto puede perjudicar nunca al otro, porque cada uno ve en qué medida la virtud puramente política debe ceder a la inmutable virtud que emanada de Dios.

Todo aquel que, repito, desee honrarme con sus críticas, que comience entonces por no suponer en mí principios destructores de la virtud o de la religión; porque he demostrado que no son esos mis principios, y en lugar de describirme incrédulo o sedicioso, que procure hallarme mal lógico o inhábil político; que no trepide ante toda proposición que sostenga los intereses de la humanidad; que me convenza de la inutilidad o del daño político que podría derivar de mis principios, que me haga ver la ventaja de las prácticas¹⁴ recibidas. He dado un testimonio público de mi religión y de mi sumisión a mi soberano con la respuesta a las *Note ed osservazioni*;¹⁵ responder a escritos semejantes sería superfluo; pero todo el que escriba con la decencia correspondiente a hombres honestos y con esas luces que me dispensen de probar los primeros principios, de cualquier carácter que sean, hallará en mí no tanto a un hombre que trata de responder cuanto a un pacífico amante de la verdad.

Introducción

Los hombres suelen abandonar los más importantes reglamentos a la prudencia cotidiana o a la discreción de aquellos cuyo interés es oponerse a las leyes más providas que por naturaleza toman universales las ventajas y resisten a ese esfuerzo por el cual tienden a condensarse en pocos,¹⁶ acumulando por una parte el colmo de la potencia y la felicidad y por la otra toda la debilidad y la miseria. Es por eso que sólo después de pasar por mil errores en las cosas más esenciales para la vida y la libertad, después de cansarse de sufrir los males, llegados al extremo, se disponen a remediar los desórdenes que los oprimen y a reconocer las verdades más palpables, las que precisamente por su simplicidad escapan a las mentes vulgares, no habituadas a analizar los objetos sino a recibir sus impresiones todas juntas, más por tradición que por examen.

Abrimos las historias y vemos que las leyes, que son o deberían ser pactos de hombres libres, en general no han sido más que el instrumento de las pasiones de unos pocos, o surgidas de una necesidad fortuita y pasajera; no dictadas por un frío examinador de la naturaleza humana, que en un solo punto concentrara las acciones de una multitud de hombres, y las considerase en ese punto de vista: *la máxima felicidad dividida en el mayor número*.¹⁷ Fe-

lices son aquellas poquísimas naciones que no aguardan que el lento movimiento de las combinaciones y vicisitudes humanas hiciera suceder en el extremo de los males una marcha hacia el bien, sino que aceleraron los pasajes intermedios con buenas leyes; y merece la gratitud de los hombres aquel filósofo que tuvo el coraje de arrojar hacia la multitud, desde su oscuro y despreciado gabinete, las primeras semillas largamente infructuosas de las verdades útiles.

Se han conocido las verdaderas relaciones entre el soberano y los súbditos, y entre las diversas naciones; el comercio se ha animado al conocerse las verdades filosóficas difundidas por la imprenta, y se ha iniciado entre las naciones una táctica guerra de industria, más humana y más digna de hombres razonables. Éstos son frutos que se debían a la luz de este siglo, pero poquísimos han examinado y combatido la crueldad de las penas y la irregularidad de los procedimientos criminales, parte de la legislación tan principal y tan descuidada en casi toda Europa, poquísimos se han remitido a los principios generales y aniquilado los errores acumulados en varios siglos, frenando al menos, con esa sola fuerza que tienen las verdades conocidas, el curso demasiado libre de la potencia mal dirigida, que ha dado hasta ahora un largo y autorizado ejemplo de fría atrocidad. Y sin embargo los gemidos de los débiles, sacrificados a la cruel ignorancia y a la rica indolencia, los bárbaros tormentos multiplicados con prodiga e inútil severidad por delitos no probados o quiméricos, la escualidez y los horrores de una cárcel, aumentados por el más cruel verdugo de los desdichados, la incertidumbre, ^{de} ~~de~~ ^{Arbitrio} bían sacudir a esa especie de magistrados que guían las opiniones de las mentes humanas.

El inmortal presidente Montesquieu¹⁹ ha discurrido rápidamente sobre esta materia. La indivisible verdad me

ha obligado a seguir los rastros luminosos de ese hombre, pero los hombres pensantes, para los cuales escribo, sabrán distinguir mis pasos de los suyos. ¡Seré afortunado si puedo obtener, como él, los secretos agradecimientos de los oscuros y pacíficos partidarios de la razón, y si puedo inspirar ese dulce estremecimiento con el que las almas sensibles responden al que sostiene los intereses de la humanidad!